

que la necesaria para levantar un edificio sólido, elegante y perfectamente apropiado á su destino, y que despues de tanto trabajo y gasto, sólo se tiene un establecimiento medio enterrado, incómodo y de miserable aspecto. En esto no hay exageracion, porque la experiencia lo tiene acreditado, y aun creo muy probable que despues de hecha esa reposicion, su resultado será tal, que se decidirá entónces la ereccion del nuevo edificio, cosa que desde ahora pudiera hacerse con gran economia de tiempo y de dinero. La calle en que está situado el Hospicio ha de ser, con el tiempo, una de las más principales y hermosas de la ciudad, y no podrá sufrirse en ella una fábrica de tan mezquina apariencia, por lo que al fin vendrá á ser demolida.

Si se decide, como lo espero, la construccion del nuevo Hospicio, no opinaria yo por colocarlo en el mismo sitio que ocupa el actual, sino por elegir allí cerca un terreno desocupado. De lo contrario no habria donde albergar la poblacion del Hospicio durante todo el tiempo que se emplease en la obra; el valor del material aprovechable no compensaria quizá el costo del derribo, y se perderia así todo el valor de lo edificado, viniendo á utilizarse sólo el terreno. Si el edificio se construye en otra parte, será acaso un poco mayor el desembolso; pero una vez terminada la obra, el edificio desocupado puede venderse en fracciones, y reservarse el producto para ayudar á la construccion de otros establecimientos

que se necesitan. Diráse que uno de los inconvenientes alegados contra la construccion del nuevo edificio en el lugar del antiguo, existe, igualmente, para la venta de éste en fracciones, y es, que no compensando el valor del material los costos de la demolicion, los compradores, á quienes no se ocultará ésto, sólo pagarán el valor del terreno, viniendo á perderse así de todos modos el valor que representa lo edificado. Pero es de tenerse presente que un edificio público y de tanta importancia, necesita tales condiciones de comodidad y belleza, que para llenarlas, apénas podria quedar piedra sobre piedra de lo actual, mientras que repartido en casas particulares ó establecimientos industriales, los compradores podrán aprovechar mucho de lo edificado y arreglar, comparativamente con facilidad, á su nuevo destino, la parte que les corresponda, como vemos que se ha ejecutado en muchos de los conventos suprimidos. Ese convencimiento hará que las fracciones se vendan en mucho más que el valor del terreno; no tratándose, por supuesto, de verificar esas ventas de la manera que hasta ahora se ha acostumbrado. Se escusarian tambien la compra de la casa de la esquina, y todos los arreglos é indemnizaciones respecto á las personas que han adquirido ya partes del edificio, pudiendo continuar en posesion de ellas, hasta lo que definitivamente se determine en general sobre esa clase de enagenaciones.

Construido el nuevo Hospicio sobre un zócalo ele-

vado, se verá libre de la humedad, y su aspecto será más grandioso. Aun cuando el piso de la ciudad continúe levantándose, ningun mal efecto producirá en el Hospicio. No le desfigurará con la desaparicion de las bases de las columnas, disminucion de la altura del primer piso, y demás deformidades que se notan ya en los mejores edificios de México, particularmente en la Escuela de Minería. Todo quedará reducido á disminuir la altura del zócalo. La fábrica deberá tener dos pisos; en el primero, sobre el zócalo, se colocarán los talleres; en el segundo las habitaciones. La disposicion que acabo de indicar no podrá nunca obtenerse en el edificio que existe, de donde se deduce la necesidad de construir uno nuevo, como resolucion más útil, más económica y más digna de la grandeza á que algun dia vendrá esta capital.

Si del Hospicio pasamos á los hospitales, halláremos en San Pablo un gran edificio, primero convento, luego cuartel; fábrica antigua, deteriorada, con una buena iglesia que casi no tiene uso. Terreno no falta allí para edificar un hospital, aunque á costa de compras é indemnizaciones para regularizarlo; pero en cuanto á lo construido, nada podria aprovecharse. San Andrés y San Juan de Dios, nadando en agua, con la parte baja inútil, sin terreno para darles mayor ensanche: dos focos de infeccion en las mejores calles de la capital. No sin fundamento se pensó hace mucho tiempo en la construccion de un hospital general, y yo no vacilo en proponerla á V. S. Tres

edificios, dos de ellos en muy buenas calles, ayudarian con el producto de su venta á los gastos de la nueva obra. Para ella convendria elegir un terreno del todo desocupado, muy cerca de la ciudad, pero fuera de ella, al viento que juzguen más á propósito los inteligentes. El edificio debe colocarse enteramente aislado, en el centro de un jardin ó parque, así para que los árboles purifiquen la atmósfera y alegren la habitacion, como para que no llegue á los enfermos ningun ruido exterior. La fábrica se levantará sobre un zócalo, conforme queda dicho del Hospicio, y constará, en cuanto sea posible, de un solo piso, para que el servicio se haga con más facilidad.

Se ha discutido mucho sobre las ventajas é inconvenientes de reunir gran número de enfermos en un mismo hospital. Las ventajas son indudables, en cuanto á que se economiza mucho local y muchos gastos de administracion, se concentra la vigilancia, y por tanto se atiende mejor al servicio. Entre los inconvenientes se cuenta como principal la aglomeracion de miasmas deletéreos en un solo foco, lo que puede ser perjudicial no sólo á los enfermos, sino aun á toda la ciudad; dícese tambien que es imposible evitar la confusion y asistir un número considerable de enfermos con la misma exactitud que otro menor. Se apela, por último, á la estadística, que presenta una mortalidad comparativamente mayor en los hospitales numerosos.

No soy competente para decidir esa cuestion, que, á mi juicio, necesita todavia ser estudiada. Creo, sin embargo, que los inconvenientes alegados, suponiéndolos ciertos, sólo tendrán lugar en un hospital sumamente numeroso. Los enfermos que hoy se asisten ascienden á unos setecientos cincuenta, y un nuevo hospital para ochocientos no seria tan extenso que produjera todos esos inconvenientes. Hoy para la asistencia de tal número se tienen tres administraciones, tres comunidades de Hermanas de la Caridad con sus oratorios y demás oficinas, tres presupuestos, tres contabilidades, etc., que todo se reduciria á una tercera parte. Podrá decirse, y con razon, que construyendo el nuevo hospital con sólo la capacidad equivalente á los tres que existen, nada se habrá adelantado en cuanto á extender la caridad, y que contando con un aumento en la poblacion de la capital, es preciso contar tambien con el aumento respectivo en los establecimientos de beneficencia. La objecion es justa, y su resolucion depende de lo que se decida acerca de la primera cuestion. Por mi parte no tendria reparo en proponer la ereccion de un hospital para mil doscientos ó mil quinientos enfermos, porque no juzgo que este número produzca los males que se temen; pero si mi juicio es errado, ántes son la salubridad pública y las mayores probabilidades de curacion para los pobres enfermos, que todas las demás consideraciones. En el caso, pues, de que no se considere oportuno que el hospital pase de ochocientos enfermos, bastará, sin embargo, por mucho

tiempo para las necesidades de esta poblacion, teniendo en cuenta que la distribucion de socorros á domicilio, la creacion de un hospital para convalecientes, el desagüe del valle y la buena policia, harán disminuir mucho la proporcion de enfermos respecto á los habitantes. Es indudable que el clima del valle de México es sanísimo, bastando para probarlo el hecho permanente y visible de existir la capital, cuando debiera haberse ya despoblado, si el desarrollo de las enfermedades correspondiera á las pésimas condiciones de salubridad en que se encuentra por consecuencia del total abandono de la policia. Cuando la poblacion haya llegado á tal crecimiento que la construccion de otro hospital semejante llegue á ser absolutamente necesario, no hay duda de que deberá emprenderse; pero entónces tambien sobrarán recursos, como consecuencia natural de ese mismo engrandecimiento. Comencemos ahora por lo que necesitamos.

No se procede nunca á la construccion de un edificio de esa importancia, sin examinar ántes, detenidamente, diversos proyectos. La eleccion de uno de ellos es el punto más grave. La autoridad fijará las reglas para asegurarse de que esa eleccion será acertada. A los profesores de arquitectura y medicina toca estudiar la conveniente distribucion del edificio, y por mi parte sólo presentaré á V. S. una observacion que no ha podido ménos de ocurrirme al verificar la visita de los hospitales.

El sistema exclusivo de éstos consiste en reunir á los enfermos en salas más ó ménos extensas, y en las cuales se procura la mayor ventilacion posible. Nótese desde luego, que no todas las enfermedades exigen igual ventilacion; no debe ser la misma para un tifo que para una pulmonia. Sin embargo, aquellas cámaras están colocadas en un mismo salon, pero junto á la puerta, debajo de una gran ventana, en la esquina formada por dos salones, ya no es ventilacion la que hay, sino corriente de aire, y de aire helado en el invierno, que no sólo es capaz de matar á un enfermo, sino de enfermar á un sano. Mas si se suprime esa corriente de aire, la ventilacion falta, sobre todo en el fondo del salon, y las consecuencias serian peores todavia. Por otra parte, esas puertas abiertas y esas grandes ventanas dejan penetrar una luz vivísima, que tanto molesta á los enfermos.

Reunidos éstos en una misma sala, se inficionan mutuamente con sus emanaciones, hasta producir el contagio que se llama *fiebre de hospital*. Para evitarlo, hasta donde es dable, se colocan las cámaras bastante separadas, y se toman todas las medidas posibles de ventilacion. No se evita con todo el contagio moral, acaso más pernicioso. Un solo paciente á quien la fuerza del dolor arranque lamentos, un delirante, bastan para desvelar toda la sala. Los enfermos tienen que presenciar á todas horas del día y de la noche, los sufrimientos de los compañeros, sus agonias, el imponente aparato de la última hora; ven la

salida de sus cadáveres para el anfiteatro; siguen con la vista y con la imaginacion el camino que á su vez ellos habrán de recorrer. Las visitas de las familias tienen que ser breves y raras; no satisfacen al que las recibe, y molestan, sin embargo, á los vecinos inmediatos. Méenos se puede permitir que los deudos y amigos asistan á las últimas horas de un agonizante; si el espectáculo es por sí tan tremendo, cuánto no se agravaria con las manifestaciones de dolor que seria absolutamente imposible reprimir en los espectadores. De ahí la privacion para todos de este último y tan respetable deseo. La consideracion sola de lo que allí pasa un desdichado enfermo (y eso que la consideracion dista mucho de la realidad), basta para explicar, y aun legitimar, la repugnancia de los pobres á dejarse conducir al hospital, si no es en un caso extremo, como ántes he tenido ya ocasion de hacerlo notar.

¿No habria un remedio para todos esos males? ¿La caridad no podrá ejercerse sino imperfectamente, y á costa de hollar todos los sentimientos del corazon humano? ¿No son estos tambien objeto de la caridad, y acaso más que las necesidades físicas? ¿Seria absolutamente imposible colocar á cada enfermo en una pequeña pieza separada? Ciertó es que diversos obstáculos se oponen á esta variacion radical en el régimen de los hospitales; pero no seria corta satisfaccion el removerlos.

El costo mucho mayor del edificio es el primer inconveniente que se presenta. No debe disimularse su gravedad. Pero baste reflexionar que se construye una penitenciaría con mil ó más celdas para la prision solitaria; que en cada una de ellas se pone todo lo necesario para una persona que no deberá salir de allí mientras no cumpla su condena, ó acaso nunca; que esas celdas tienen que ser de bóveda, con puertas sólidas, y otros mil requisitos para evitar evasiones, y que todos esos estudios y gastos se emplean para unos hombres que aunque son nuestros prójimos, y dignos por solo esto de toda nuestra caridad, no dejan de ser unos criminales merecedores de castigo. Y sin embargo, tratándose de unos desgraciados sin más delito que su miseria, se retrocede ante un gasto mucho menor, puesto que sus celdas no necesitan esas estudiadas y costosas precauciones.

La falta de ventilacion del local parece ser otro inconveniente. Una puerta y una gran ventana al patio, parece que bastarian para lograr el objeto. Estando bien dispuesta la ventana, permitiria graduar el aire y la luz segun las necesidades del enfermo, y los miasmas, en vez de ir á contagiarse á los demás, saldrian por la ventana y por un respiradero al nivel del piso, é irian al gran patio, donde se formaria un jardín para purificar la atmósfera. Pienso que este sistema bien entendido y ejecutado seria preferible á la ventilación que hoy se procura, y no siempre se consigue.

Tercer inconveniente parece ser la dificultad en el servicio y vigilancia. Es indudable que una gran sala es más fácil de servir y cuidar que cuarenta ó cincuenta celdas. Pero juzgo que un hospital se funda para hacer bien, y mientras mayor se haga, mejor se llenará su objeto. No es un establecimiento industrial donde se calcule minuciosamente el precio de costo y el de venta, ni ménos un teatro ó sala de espectáculo en que se economice el terreno y los empleados, para admitir mayor número de espectadores con ménos gasto. Si el servicio exige más personas, pónganse enhorabuena. No estoy por empleados superfluos, que uno solo absorbe el sueldo de diez sirvientes, sin ser de utilidad alguna á los enfermos, pero en lo que ceda en beneficio de éstos, no pediré economías, porque no merecen tal nombre y pueden buscarse mayores en otra parte.

Vencidos todos esos obstáculos, ¡cuán diversa seria la situacion del enfermo en su celda separada! Construídas con ladrillos huecos las paredes divisorias, no escucharia ya los lamentos de sus compañeros; y aun en el caso de que esa precaución no fuese bastante para apagar el sonido, á lo ménos sólo serian desvelados los dos vecinos más inmediatos, no la sala entera. Dormiria tranquilo en su celda; pasaria el día sosegadamente, con la luz y el aire que hubiese menester; no tendria que proveer en público á sus necesidades; recibiria con más frecuencia las visitas de su familia y amigos, sin molestia de nadie; no

presenciaria nunca los últimos momentos de sus compañeros, y cuando su vez le llegase, se prepararia á trance tan serio con todo recogimiento, al paso que el sacerdote ejerceria con más libertad su ministerio; en esa hora estaria rodeado de personas queridas, y éstas podrian recoger el último suspiro del enfermo, cerrar sus ojos, y orar por él.

No dudo que personas más prácticas en la materia hallarán otros obstáculos que yo no puedo preveer; mas siendo innegables los inmensos beneficios que procuraria á la humanidad doliente el nuevo sistema, vale sin duda la pena de examinarlo, para tratar de vencer los inconvenientes reales, distinguiéndolos de los ficticios que no dejará de presentar la indolencia ó el apego ordinario á una vieja rutina. No ha sido otro mi objeto al someter con toda desconfianza estas breves reflexiones á la consideracion de V. S., sino que las haga examinar por personas competentes; yo no lo soy, y quizá me forja ilusiones el deseo de contribuir al bien del prójimo, y la impresion profunda de commiseracion y desconsuelo que me causa el aspecto de una sala de hospital. Mas si mis deseos son de todo punto irrealizables, como temo, póngase á lo ménos el mayor empeño en disponer las salas con cuantas comodidades sean posibles, y con todas las precauciones imaginables para obtener mayores probabilidades de curacion. No se imponga á los enfermos ninguna molestia, ninguna traba que no sea absolutamente indispensable para el órden de

la casa, ó redunde en su propio bien. Respétense sus sentimientos, y atiéndase no sólo á la curacion del cuerpo, sino tambien á las necesidades del alma, para que de su permanencia forzada en aquel asilo les resulte un beneficio más duradero y más precioso aún, que la salud misma que fueron á buscar.

Despues de proponer la construccion de un hospital general para aliviar las necesidades de los enfermos comunes, resta tratar de los que son asistidos separadamente, ó deben serlo, en otros establecimientos. Tales son los locos de ámbos sexos, los incurables y los convalecientes. Conviene agregar los niños de la Cuna, que aun cuando en rigor no pueden ser contados entre los enfermos, deben ser considerados como tales por su desvalimiento.

Tratando de los hospitales de locos, dije ya que ni S. Hipólito, ni el Divino Salvador reunian las circunstancias necesarias para su destino, y que era preciso construirlos de nuevo en otro lugar: los incurables y los convalecientes no tienen hoy asilo; y en cuanto á la Cuna, aunque se halla en estado satisfactorio, debe ser comprendida en el plan que voy á proponer, por las ventajas que resultarian á los niños.

Locos, convalecientes, incurables y niños, están sin duda mucho mejor en el campo que en la ciudad. Los primeros necesitan no sólo un jardin, sino un

terreno algo extenso que cultivar. A los convalecientes conviene el aire libre y el ejercicio; los incurables confinados siempre en su lecho, deben salir de la atmósfera viciada de las grandes poblaciones, lo cual bastará en muchos casos para que logren algún alivio á sus dolencias. Los niños se crían más sanos y robustos en el campo. Obsérvese también que la Cuna no tiene á los niños de pecho en la casa de México, sino que los dá á criar á nodrizas que residen en los pueblos inmediatos. La principal razón en que se funda esta práctica es la ventaja que resulta á los niños de criarse en el campo. Pero muy escasa ó ninguna es la vigilancia que puede ejercerse sobre las nodrizas, reducida á obligarlas á presentarse dos veces al mes con sus niños en el establecimiento, y aun resulta el inconveniente del daño que puede causar á éstos el viage que se les obliga á emprender. Alarma, sin duda, la consideración de los malos tratamientos y aun crueldades de que pueden ser víctimas esas inocentes criaturas entregadas al poder absoluto de mugeres sin ninguna educación. Una vez establecida la casa en el campo, ya que no fuera posible criar en ella á todos los niños á la vista de los superiores, por lo ménos se les tendría más próximos, y se vigilarían con más facilidad.

Así, pues, debería tratarse de edificar en las inmediaciones de la capital, cerca de Tlalpam ó S. Angel, por ejemplo, un edificio que comprenda los departamentos indicados, puestos todos bajo una sola direc-

ción, pero al mismo tiempo con la independencia necesaria. Los locos de ámbos sexos formarían un grupo: este departamento tendría á su disposición un terreno extenso, dividido en dos partes; la mayor sería una huerta donde los locos cultivarían las hortalizas necesarias para el consumo de la casa, y la otra más pequeña se destinaria á jardín en que las locas cultivasen flores; en ámbas habría árboles que diesen sombra y alegrasen la habitación.

Los enfermos incurables y los convalecientes estarán reunidos en otro departamento; los aposentos de los primeros se procuraría que mirasen al jardín, para que abiertas las ventanas pudiesen los enfermos respirar un aire puro, y recrear la vista. No hay espectáculo más lastimoso que el de un hombre inmóvil, lleno de dolores, clavado en su lecho por la enfermedad para el resto de sus días, y condenado á pasarlos en un miserable cuarto de una casa de vecindad, húmedo, súpido, lleno de insectos, sin ver jamás la luz del sol, ni respirar otro aire que el de un inmundo callejón de barrio. Los convalecientes disfrutarían del jardín destinado á los niños de la Cuna, los cuales ocuparían el tercer departamento del edificio. Su jardín no es preciso que sea muy grande; bastará con darle la amplitud suficiente para que puedan correr, poniéndoles algunos juegos propios de su edad, que les sirvan de distracción y de ejercicio al mismo tiempo. Agua y sombra es lo que debe procurarse allí; y para que por el mal tiempo